

# Al autor del mar

[Poema - Texto completo.]

Mariano Melgar

¡Que grande, que estupenda maravilla!  
¡Asombroso crear! El pensamiento  
Se abisma.... ¡Oh, elemento!  
¡Oh, grandeza en que brilla  
Sin poderse borrar, en sumo grado  
La grandeza del Dios que la ha creado!

El mar inmenso viene todo entero,  
Ya parece tragarse el continente,  
Aviva su corriente,  
Y en eterno hervidero  
Choca, vuelve a chocar: ya sobre el mundo  
Mayor que el primer golpe da el segundo!

Porque una peña firme le resiste,  
Contra ella va, la mina, la combate;  
Si su furor rebate,  
Con furor nuevo insiste,  
De un salto dan sus aguas en la peña,  
Y un salto a otro más algo las empeña.

En su batir, de ruido el aire llena;  
Con un alma eternal vivir parece;  
Si se estrecha, si crece,  
Susurra siempre y truena;  
Y en las colinas que le ven temblando  
De una a ora el eco corre retumbando.

¿Cómo es que dura aún la débil tierra  
Si todo un mar insiste en destrozarla?  
¿Quién puede sustentarla  
En su incesante guerra?  
Ya debería toda deshacerse  
Y a este impulso en arenas resolverse.

Pero no: las arenas deleznales  
Se juegan con el mar y su bravura:  
La infinita llanura  
En iras implacables

Sale y arrasa todo... dio en la arena,  
Ya no es más: besa humilde su cadena!

Así lo mandó el Ser que no quería  
Que el grande mar su imperio le usurpase,  
Él mandó que no pase:  
Sino, ya se vio un día  
Que alzó su ley, y el Rímac profanado  
Sal bebió, hacia los Andes rechazado.

Sabias leyes mandó que obedeciera  
Para que al hombre sirva y no amedrente:  
Y humilde y obediente  
Desde la vez primera  
No osa salir, ni sabe otro camino  
Que el señalado por su autor divino.

Aunque la luna por sobre él pasando  
Quiera llevarse su caudal, y eleve  
Sus aguas, porque pruebe  
Resistir aquel mando,  
No lo hará: antes aumenta su muralla,  
Y a par de su furor crece la valla.

Por la exterior corriente las oleadas  
Vendrán más y más fuertes hacía dentro;  
Pero ellas a su centro  
Volverán humilladas:  
Una a otra han de cortarse la corriente  
Y servirse de grillos mutuamente.

Cuando más aguas levantando vienen,  
Ya las otras cejando se retiran;  
Y como opuestas giran  
Se chocan, se retienen,  
Las de allá se alzan más, con fuerza tanta  
Que al desplomarse su furor espanta.

Revuelven las arenas con su espuma,  
Y encrespadas la playa van trepando;  
Poco a poco calmando  
Su peso las abrumba  
Rueden a engrillar a otra, y de esta suerte  
Solo es para un placer su enojo fuerte.

Blanca toda la orilla se presenta:  
Es un gusto a las olas acercarse,  
Seguir las, retirarse;  
Y mirar cómo aumenta

Su reflejo, la luz que viene dando  
El sol en las de atrás reverberando.

A ponderar entonces nos convida  
Los bienes que produce en todo el mundo;  
Cómo riega fecundo  
La tierra, y nos da vida;  
Y cómo sin él fuera el continente,  
Pavoroso desierto solamente.

De aquí hasta donde raya el horizonte  
Se ve criar la blanquecina nube:  
Se exhala, crece y sube;  
Y al valle, al prado, al monte  
Va a dar frescura y riego, y sus corrientes  
Sustentan y producen los vivientes.

Por hacer sus influjos inmortales  
En las altas montañas se recuestan;  
Y en sus senos aprestan  
Los inmensos raudales  
Que socorren al Chili miserable  
Y hacen al Marañón tan respetable.

El mar, aun al que habita algún planeta  
Quiere auxiliar a donde el sol no alcanza:  
Allá la luz se avanza  
De esta llanura inquieta;  
Y para el que en la luna luz no viera;  
La tierra es por su mar grande lumbrera.

¿Pero es dado a un mortal cantar los bienes,  
Oh, Mar, que en ti dejó la Providencia?  
De su dulce clemencia  
Tú mil tesoros tienes.  
Ah! por ti al Nuevo Mundo pasó un día  
El mayor bien que un Dios hacer podía.

Eterno Rey del mar: solo tu ciencia  
Dará a tu don su precio verdadero.  
Yo en tanto añadir quiero  
Este himno a tu clemencia.  
Cuando al profundo mar me haya entregado,  
No niegues a tu hechura tu cuidado.